

ESTOS POEMAS

JAIME JARAMILLO PANESSO

Estos poemas de Jaime Jaramillo Panesso se denominan “Diez Poemas Laboriosos”. Están fabricados de los elementos con los cuales el hombre construye su morada y todos aquellos lugares cubiertos que lo protegen de las lluvias, de los vendavales, de los animales feroces y de otros humanos.

Trabajo hecho por el laborioso brazo que los usa y mezcla acorde a su necesario abrigo cotidiano, a la guía de los planos que el lápiz ingenieril señala para alcanzar las nubes o para mirar como saltan, corren y resbalan los atletas y deportistas en las canchas cubiertas, mientras van por calles asfaltas otros humanos, otras máquinas. Todo ello sería un inventario inerte si el sudor de los hombres no sellara el conjunto universal de los materiales laboriosos. Manos, muchas manos adheridas a estos elementos nos dan techo y vida.

EL CEMENTO

Piedra molida sobre piedra piedra,
el polvo gris es su forma natural
que hiere los pulmones
del obrero. Hay hornos y gigantes
motores con hombres agigantados
por los vestidos de la jornada.
Pero el cemento está ahí.
Preso en el empaque
lo sacarán de su forma volátil
para casarlo con la arena
morena agripada por andar
fuera del cauce agua.
En adelante serán cemento
y arena unidos por la totalidad
de los años. Luego vendrán,
al fin de los días cansados,
la barra y el buldózer.
Entonces cemento quedará
al aire libre, pero preso
de su inútil destino
denominado escombros.

EL ALAMBRE

Para amarrar lo desamarrable
llega el alambre,
en rollos precisos, exactos
en la cantidad suficiente
para juntar el trabajo y el capital,
según el mandato.
El alambre, como el hilo de coser
en la confección de prendas y prebendas
estrecha de manera inamovible
los cuerpos ciertos.
No sirve el alambre
para sellar el empate
del gas propano
ni las corrientes de aire.
Alambre con puntas agudas
cercaron los campos de concentración
de los nazis y de la guerrilla.
Alambre sin púas
lleva la corriente eléctrica
a las casas de las mujeres laboriosas
que cantan con un abecedario
de niños sin bañar.
Cuando el alambre se fatiga
ruedan los cacharos,
la colgandeja descarga el polvo
de los días estacionados.
El alambre no tiene fin
porque puede reciclarse
y amarrar la rueda de la cicla
antes que se pierda su rodaje
de alambre con hambre de restitución.

EL ASFALTO

Duro en el piso
que piso.
Negro curtido
a la intemperie.
El asfalto es la mezcla de piedra,
arenas, brea, aceites malogrados
que se extiende en la tierra
para ser aplastada
por la aplanadora amarilla.
Su servicio social
está compuesto por los autos y camiones
que ves pasar con la mirada
puesta en la lejanía del viajero
que ignora la tela del asfalto.
No puedes caminar
ni ir tras la bicicleta
delgada que conduce el estudiante.
Sabes, sin embargo
cuando cae el derrumbe
sobre tus hombros inmóviles.
Te ahoga el fango y las rocas
mientras dicen los expertos
cuántas toneladas soportas
y dejarte abandonado
cuando deciden
cambiar la ruta que sirves.
El asfalto habla en silencio
mientras los humanos
vamos más lejos
siguiendo su rastro
negro curtido
a la intemperie.

EL HIERRO Y EL COBRE

Vienen de adentro,
muy adentro de los socavones
y de la guarida de los elementos
fundibles en hornos enrojecidos
por el calor. Sus vapores se observan
desde lejos. Los clavos de hierro
perforan la madera
y las paredes.
De cobre han de ser las campanas
que convocan al descanso
y a la sopa caliente de la madre
después del ángelus.
El hierro al sol y al agua
sufre en su piel y las corrugaciones
devalúan su color gris destino.
Del cobre y su mixtura nacerá
el bronce para las esculturas
en los parques
y las cosas pequeñas
que necesitan del cobre
para que resistan el golpe
de los días y la vanidad
de los espejos.
El acero es hijo del hierro
que viaja en los autos,
que escupe en los cañones
y luce de gala en las espadas.
Reyes de los metales,
se tropiezan con los
humanos no solo en sus manos,
sino que figuran en su cuerpo
como partes sustantivas.

No se logran extraer de los mamíferos
humanos los metales que puso
la naturaleza magnética
para que resistan los rayos,
las inundaciones y las maldiciones.
El martillo de hierro,
urbi et orbi, sigue siendo de los dueños del oro.

EL VIDRIO

Las piedras y las arenas
que alto calor de los hornos
fusionan se denomina vidrio.
Con el vidrio se cortan las venas los enamorados,
en forma de botella reparte el vino
y los líquidos que apacientan la sed.
El vidrio empotrado en ventanales
nos protege de los vientos helados,
del mosquito y del humo que viene
de la quema de los cañaduzales.
Vidrioso es el ojo del carcelero
y de vidrio era la zapatilla cristalina
de la plebeya que olvidó esa prenda
después del baile en el palacio de los sueños.
Vidrios de colores forman los vitrales
con flores y rostros cardenales.
Un vidrio en los ataúdes
permite revisar la cara del difunto,
y un vidrio cubierto de indagatoria
permite ver los criminales
que rompieron las vitrinas
donde exhibían falsos diamantes.

LA ARENA

Sola enterrada en las canteras,
en el lecho de ríos y quebradas
la arena duerme los años
de la permanente espera.
Luego te fusionan con pegante
gris del cemento, el agua
agiliza el encuentro.
La magia del palustre
te vuelve a colocar
en el dormitorio acanalado
de los ladrillos.
Eras flaca, pero llena de sentido
anarco pues nunca pudieron saber
cuanta piedrilla contenías
por centímetro cuadrado.
Otras arenas como la del desierto,
cumple con volar al paso
de los vientos alisios
mientras pasan los camellos
con olor a su orina.
La arena es la harina
de la tierra mundo.

LA BALDOSA

Plana debajo del zapato,
plana debajo del escritorio y el aguamanil.
La baldosa está firme sobre el terreno
que forma la casa del vivir.
Viene de los moldes
cuadrados unos, rectangulares otros.
La baldosa está educada
para reconocer los tacones puntiagudos,
las suelas perforadas por el desgaste,
las sintéticas plantillas, las botas del soldado,
la zapatilla de cristal irrompible
de la sirvienta convertida en princesa,
el taquito militar del bailarín milonguero,
las abarcas tres puntas del cosechero
y los esarpines de tenue algodón que no pisan.
La baldosa floja
hará caer a la tía arisca
que la mandará reemplazar de inmediato.
Entonces la baldosa vieja y con desborde
hará parte de los escombros
justamente al lado de un periódico
seco de risa y de caliza.

LA MADERA

Dueña del árbol y de las raíces,
la madera espera
a ser mueble, baranda, senda, camino,
techo y muro divisorio.
De madera fueron las cruces
y los barcos que cruzaron el Mediterráneo.
Madera tienen los violines y los chelos
donde se esconden las virtuosas notas
de conciertos y de cantos bailarines.
Madera buscan los aserradores
que motilan los bosques, las selvas
y dejan un desierto comenzado.
La madera perfumada
no llega en frasquitos de vidrio,
sino en lajas aplanadas.
Madera para las mesas de los comedores,
madera para el bastón del enfermo,
madera para la chimenea contra el frío,
madera para el lápiz del niño
que escribe la palabra madre.
Madera, maderita
en el árbol que sembramos
para tornear madera.
Los árboles maderables
caminan hacia el taller del carpintero
donde le extraen su alma de tablón
para el lustre y la forma
o la reforma.
La madera se esconde
detrás de la corteza

y demora su salida hasta llegar
a la mesa gigante de la sierra.
Madera que convierten los artesanos
en figuras milagreras
o en marcos dorados
con laminilla de oro
fantasioso y brillante.
Madera de aserrín
y aserrín en madera
duradera
que resiste los años,
mientras en el bosque
no queda sino raíz seca
y agua sedienta de follaje.

LA PINTURA Y LA BROCHA

Está la pared desnuda
y con figura de parada militar.
Sabe esperar
porque esperando llegará
el pintor de su vestido.
La pintura salta del tarro
que tiene envoltura de circunferencia
con instrucciones para el uso.
Se pega de la brocha y pinta.
Pinta con las cerdas de la brocha
las mejillas rosadas
con alúmina mordente extendida
hasta el zócalo
que pide un refuerzo para evitar
el remojo del agua que pasa
cuando la manguera limpia.
La pintura canta en la mano
del pintor de brocha gorda
y la brocha baila en igual dirección.
Terminado el total cubrimiento
la pared agradece,
pero no se inclina.

EL SUDOR

Hijo de la piel
y del músculo templado,
baña el cuerpo
y se mezcla con el trabajo
en las proporciones líquidas
que solicita el esfuerzo.
El sudor tiene la temperatura
del que corre en la pista halógena
del estadio,
el olor del pantanoso cierre
de la válvula aguamarina,
el sabor salino derivado
del cociente laboral,
dividido por los tres ochos
del jornal.
El sudor suprime el agua de Colonia
enriquecida con pequeños lingotes
de tentempié carbonado.
pero deja transmitir
el resultado esperado
desde la madrugada del lunes
con remate de espuma
el sábado al atardecer.



Humberto Pérez Tobón
Autorretrato, s. f.
Grafito y lápiz azul sobre papel
Tamaño: 35 x 50 cm
Fotografía: Carlos Tobón